



Seix Barral

# Curtis Dawkins

---

Hotel Graybar

---





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Curtis Dawkins

## Hotel Graybar

Traducción del inglés por  
Inga Pellisa

---

Título original: *The Graybar Hotel*

© Curtis Dawkins, 2017

Publicado de acuerdo con Scribner, una división de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, Inga Pellisa, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:

pág. 9: © *Missiles*, © 2008 Dangerbird Records, interpretada por The Dears

pág. 119: © *The Crunge*, © 2013 Rhino Entertainment, interpretada por Led Zeppelin

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-322-3384-5

Depósito legal: B. 12.015-2018

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## LA PRISIÓN DEL CONDADO

Tom *el Italiano* era chef de salsas hasta que lo atropelló un Cadillac a cien por hora y, del golpe, se le fueron todas las recetas de la cabeza. Le habían quedado marcados los puntos oscuros de la sutura, y una línea tenue, como una vieja y lisa soldadura, de lado a lado de la frente. No llevaba ni cinco minutos en nuestra celda cuando se pegó en la cicatriz con los nudillos, emitiendo un sonido metálico y amortiguado, como el que haría una lata de refresco abierta al golpearla con la uña.

—Venga, prueba —dijo acercándose un paso.

—Ya lo he oído. Te creo —le dije desde la estera, en el suelo.

Tom recorrió la celda con la mirada en busca de otro más dispuesto, pero Domino y Ricky Brown estaban durmiendo.

Yo no suelo ser muy conversador, pero los últimos dos meses en la cárcel me habían convencido de que no tenía nada mejor que hacer, así que, si alguien me hablaba, había decidido aceptar el ofrecimiento. Al menos, hasta que se pusiera pesado, o hasta que las mentiras fuesen demasiado gordas, o hasta que empezase *El precio*

---

*justo*. Dado que sólo eran las diez de la mañana, le pregunté:

—¿Cuánto hace?

—Unos quince años. —Tom se sentó en callada reflexión en el banco de nuestra mesa de pícnic de acero—. Y lo gracioso es que yo sólo estaba en Cadillac de visita. Mi hermana me había estado rogando que subiera a conocer a su nuevo marido.

Todavía no habían encendido el televisor, y Tom levantó la vista entre los barrotes hacia la pantalla fría y negra que compartíamos con la celda vecina. Tenía ganas de ver a Bob Barker ahí arriba, y de oír a Rod Roddy llamando a gente del público a jugar. Durante una hora al día, podía vivir en un mundo lleno de luces y color, ruido y mujeres sonrientes realizando cosas grácilmente con un leve roce de sus manos. Y de esperanza. La esperanza de un buen resultado me dejaba hipnotizado.

—Espera —le dije—. ¿Te atropelló un Cadillac *en* Cadillac?

—¿A que es acojonante? —respondió Tom. Apartó la vista del televisor, y entonces pude ver el resto de las cicatrices, algunas autoinfligidas, como las que cortaban verticalmente sus cejas o unas muescas diminutas en la hélice de la oreja—. Estaba cruzando la calle para pillar una botella de ginebra y un paquete de tabaco y ¡pum! A cien en una calle de cuarenta. Me mandó disparado a veinticinco metros y perdí una zapatilla.

—Mira, eso es algo que no he entendido nunca —le dije—. No entiendo cómo se te pueden salir volando las zapatillas de un golpe. Y tu caso es aún más raro, porque sólo salió volando una.

—Hubo testigos —continuó Tom—. Así fue como dedujo la pasma la velocidad a la que iba el tío.

---

—¿Qué ley física rige que a una persona se le salga el zapato o no?

Y ¿cuáles son las probabilidades de que a uno lo atropelle un Cadillac en un pueblo llamado Cadillac?, me preguntaba. ¿Significaba eso que todo significaba algo? ¿Aun si ese algo era una mentira? Y ¿quién decidía lo que significaba? ¿El mentiroso? ¿El engañado? Y ¿qué mierda significaba todo eso?

Ricky Brown se despertó. Había estado fingiendo que dormía. En la cárcel, hacerse el dormido se convierte en una forma de arte, en particular cuando llega alguien nuevo, y más aún cuando ese alguien va por ahí pidiendo que le golpeen el cráneo con los nudillos.

—Yo te digo lo que significa eso —dijo Ricky desde su litera. Tenía la habilidad asombrosa de responder a las preguntas que pasaban por mi cerebro, como si estuviésemos los dos escuchando el mismo chat telefónico pero él tuviese mejor conexión—. Significa que no te gastes una puta pasta en zapatillas. Y que la vida es una máquina grande y reluciente fabricada por General Motors, un cuento contado por un idiota, no significa una mierda.

Ricky leía mucho —a Faulkner y a Shakespeare, sobre todo—, de modo que creía saber un par de cosas. Era un hombre delgado y pelirrojo, de la vieja escuela, con un tatuaje de un bufón en el brazo izquierdo, y un brujo verde y descolorido en el derecho. Tenía en las muñecas la delatora constelación de cicatrices de los adictos al *crack*: la silueta exacta de una pipa de cristal escondida debajo de las mangas. Y, aun sin verle las espinillas, sabía que allí también habría cicatrices de esa misma pipa escondida en los calcetines.

—Sí, sí —dijo Tom—. Un cuento contado por un

---

idiota que no significa una mierda. Muy profundo, tío. Me gusta.

*Kalamazoo* es la palabra con la que los nativos americanos se referían al «agua hirviendo». Según los rumores, la prisión del condado se alzaba sobre un antiguo manantial caliente cubierto de marga, por lo que el edificio entero se estaba hundiendo lentamente. Después de treinta y cuatro años, la idea de que el suelo indio reclamara la cárcel había quedado en una simple leyenda, pero eso no impedía que la gente hablase de ella cuando se apagaba el televisor. La fantasía superaba a la realidad. De vez en cuando me despertaba de algún sueño en el que un jefe espectral, exigiendo sus tierras con gritos de venganza, partía el edificio en dos, y nosotros saltábamos y huíamos a lomos de caballos salvajes, escapando al galope de la cárcel justo antes de que se la tragara la tierra.

Estábamos en el Ala A Norte, en la que las luces nunca se apagaban. La A Norte estaba bajo vigilancia intensiva para prevenir suicidios, y aunque muy pocos habíamos intentado realmente quitarnos la vida, suponíamos una cierta inquietud para el poder establecido. Yo nunca había estado en prisión, y me iba a pasar un buen tiempo entre rejas, de modo que el condado me enfocaba a todas horas con los rayos de alta potencia de aquellas luces inquietas.

Junto con las luces, estaban también los guardias que pasaban cada siete minutos, como el barrido constante de un faro. Se acercaban a los barrotes, miraban adentro y, si no se topaban con ninguna escena horrenda, se alejaban sin decir palabra. A veces les preguntaba por el

---

tiempo, y a veces me contestaban, y estaba bien saber que el exterior seguía estando ahí. Pero, por lo general, la única manera de llamar la atención de un guardia era morirse, o pulsar el botón del pánico que había sobre el teléfono, con la inscripción SÓLO EMERGENCIAS pintada en rojo con letras de plantilla.

La A Norte tenía ocho celdas: en la mitad de ellas había espacio para cuatro reclusos, y en la otra mitad, para seis, pero como la prisión estaba siempre atestada, solía haber uno o dos hombres extras en cada una. Yo había sido en su día el quinto hombre en la Celda 7, por lo que pasé a ocupar una estera en el suelo, en un rincón oscuro junto a la puerta. Los demás compañeros iban y venían, y en algún momento podría haber reclamado una de las literas de la pared oeste, pero cuando se acabó la metadona, la penumbra de mi rincón me sirvió de consuelo. Me tumbé ahí, sudado y tembloroso, esforzándome en no pensar demasiado, memoricé el Salmo 23 y lo recité minuto tras minuto, hora tras hora.

Todas las mañanas entre semana tenía a Bob Barker, eso sí. Los juegos, los coches nuevos, la ruleta, los escaparates. A veces se me llenaban los ojos de lágrimas cuando un afortunado miembro del público cruzaba chocando los cinco entre la gente para ocupar su sitio en la hilera de concursantes. Estaban sinceramente felices de tener una oportunidad, y mientras contemplaban a Bob, resplandeciente sobre el escenario, debía de parecerles que había una vida mejor justo ahí, al alcance de sus manos. Sus mayores deseos eran ahora una posibilidad, y no en un futuro lejano, sino en ese mismo momento, o al menos durante la hora siguiente. Pero Bob Barker y el vocerío del público de plató eran una compañía limitada, así que cuando Tom *el Italiano* en-



---

tró en la Celda 7 de la A Norte supongo que yo ya estaba listo.

Tom había pasado de contar el atropello a escenificarlo, de pie en medio de la celda y con movimientos a cámara lenta, como una marioneta con las articulaciones unidas con tachuelas. Nos explicó que, de hecho, la mayor parte de sus huesos y articulaciones eran en efecto de metal, y que sólo era capaz de moverse con libertad cuando llevaba ya unas cuantas horas levantado y en movimiento; más tiempo cuanto más frío hiciera.

—Todavía estoy un poco agarrotado —dijo al tiempo que se quitaba la camisa. Estábamos en enero y eran sólo las diez y media.

Tom tenía el torso medio verde de tatuajes. Tras apenas un par de meses en la cárcel, yo ya había aprendido a identificar los tatuajes hechos en prisión: son verdes, o grises, y no tienen la nitidez de una aguja profesional. Los artistas presidiarios usan lo que tengan a mano, normalmente una cuerda de guitarra afilada acoplada al motor de un radiocasete. La tinta está hecha de hollín mezclado con saliva, a veces con orina, y el diseño, aunque el concepto sea brillante y preciso, queda apagado y deslucido sobre la piel. Tatuarse dentro de la cárcel es como intentar coser con puntadas finas usando una aguja de tejer. Es la esencia del ingenio carcelario: que pueda hacerse tanto con tan poco.

El pecho de Tom parecía una página sacada del cuaderno de bocetos de un artista: un par de coches antiguos, un león, Mickey Mouse, los barrotes de una celda derramando lágrimas, un manchurrón verde de algo que podría ser la Tierra, o un barco, o una pelota de baloncesto, o la Luna, y el retrato de cuerpo entero de una mujer a la que Tom llamaría más adelante Karen.

---

Karen no era un tatuaje taleguero. Le empezaba encima del corazón y era clara y definida, con los labios rojos, carnosos. El ojo derecho estaba cerrado en un guiño, pero el iris del izquierdo era de color verde claro, coronado por unas largas pestañas. El pelo parecía agitarse por el viento en dirección al cuello y el hombro izquierdo de Tom, y terminaba en unos mechones finos sobre la clavícula. Estaba desnuda, por supuesto, tenía los pechos grandes y las caderas anchas y estaba sentada a horcajadas sobre el esternón. Tom tenía un torso italiano, peludo, pero lo llevaba limpio y bien afeitado: todo menos la zona púbica de Karen, con su triangulito de vello recortado impecablemente.

*El precio justo* empezó y acabó, pero apenas si pude prestarle atención. Me pasé el rato mirando el tatuaje de Karen y deseando tocar su piel italiana y aceitunada. Se me hacía incómodo lo de clavar los ojos en el pecho de un hombre y fantasear con calor y contacto, pero el ojo verde claro de Karen y su melena larga y ondulante parecían hablarme, parecían haber recorrido todos esos años desde que los entintaron para concederme un momento de paz y de conexión con la raza humana.

La puerta de la celda se abrió y volvimos a ser seis dentro. Era un hombre negro de piel trigueña y mediana edad, con un peinado afro amorfo y una barba irregular. Aun con el mono naranja de la prisión del condado de Kalamazoo recién puesto,apestaba a alcohol.

—No puede ser. Esto no puede ser —decía—. Estoy ahí con mis cosas, y vienen los polis y me enchufan la Taser en el culo. Esto no puede ser. —Se desabrochó el mono hasta la mitad y se frotó los dos bultos que habían dejado los dardos de la Taser, como una mordedura de

---

serpiente—. Y además tengo hambre, maldita sea. Esto no puede ser.

El hombre hablaba lo bastante alto como para despertar a Domino, y no dejó de ir de aquí para allá, dale que dale con la Taser, hasta que vio a Tom y su cicatriz.

—¡Mierda, tío! —exclamó—. ¿A ti qué te ha pasado? ¿Te han pegado un tiro o algo?

—Me atropelló un Cadillac a cien por hora.

—Te pareces a Frankenstein, tío. Tendrías que estar muerto.

—Estuve muerto... Dos veces —respondió Tom—, pero me reanimaron. —Se golpeó de nuevo las placas de metal de la frente—. Es todo acero.

—¡Pues sí que eres Frankenstein! —dijo el hombre, y se puso de nuevo a caminar y a quejarse del hambre y de la brutalidad policial.

Tom se quedó con la cara y los hombros caídos, como si quien fuera que sujetara sus hilos acabase de soltarlos. Miró un segundo al borracho y luego bajó la vista al suelo, y fue sorprendente ver a un hombre tan grande herido por algo tan pequeño. Pero aquí dentro no puedes cargarte de esa manera a nadie ni la historia que traiga cada uno, sea o no mentira. Es más, lo había llamado monstruo, y hasta Frankenstein tiene sentimientos.

—Si tienes hambre, puedes pedir algo de comer, ¿sabes?

—¿Sí?, ¿cómo?

—Dale a ese botón que hay ahí arriba en la pared y pide una pizza.

El hombre fue hasta la esquina de la celda.

—Aquí dice «Sólo emergencias».

—Si el hambre no es una emergencia, tío, no sé qué lo va a ser.

—¡Venga, vale! —dijo el borracho—. ¿De qué la que-

---

réis? Yo comparto. —Puso el dedo sobre el botón—. Tío, en la prisión de Kent no tienen estas mierdas.

Se oyó la voz de una mujer en el interfono.

—¿Qué ocurre?

—Tengo hambre. Quiero pedir una pizza.

—Un momento —respondió ella.

El borracho se volvió hacia nosotros revolucionado, como un aspirante a pez gordo pagando con el dinero de otro.

—Entonces ¿qué?, ¿pepperoni?

Todos asentimos a nuestra manera. En ese momento se abrió el cerrojo de la pesada puerta de acero y cinco guardias fueron directos a por él.

—Muy bien, listillo, vamos a por tu pizza —dijo uno calvo con bigote.

Lo esposaron y lo arrastraron fuera antes de que el borracho tuviera tiempo de entender qué estaba pasando. Parecía perplejo cuando se lo llevaron, como si estuviese esperando todavía que le preguntaran qué ingredientes quería.

Por las tardes, mientras echaban los culebrones, le quitábamos el volumen a la tele y leíamos, escribíamos cartas, hacíamos lo que hiciese falta para pasar las cuatro horas que quedaban hasta la cena.

Tom hizo su cama y luego se sentó en la mesa de pícnic a dibujar. Yo me quedé tumbado en mi estera del rincón, contemplando las figuras silenciosas de la telenovela en la pantalla del televisor. Esa semana, la trama giraba en torno a un rescate; había una rubia espectacular atada a una silla en una nave de trasteros de alquiler. Incluso sin atender nunca a lo que decían los personajes,

---

ese mes había detectado una oscura tendencia a los secuestros en las series de sobremesa.

Tom tarareaba, daba golpecitos con el boli y dibujaba. Me levanté y fui a sentarme delante de él. Los bordes de la hoja en la que estaba trabajando estaban adornados de rosas, hojas y tallos llenos de espinas, y el centro parecía pensado para imprimir un poema o una canción.

—Me he acercado a ver qué hacías —le dije.

—Así me saco yo pasta en el talego. —Era algo habitual entre los tipos con dotes artísticas que acababan entre rejas: vender dibujos y poemas que los demás enviaban a casa—. Pero, mira, esto es lo que voy a hacer ahora. Ésta es mi nueva línea: canciones rap eróticas para gais. No pienses mal, yo no soy gay ni nada, pero me muero de ganas de volver a la cárcel. Me voy a hacer de oro. Es un mercado sin explotar.

—Y ¿quién es la señorita? —le pregunté, señalando con la barbilla el tatuaje del pecho.

—Karen —respondió—. Karen Sharon. Fue mi novia hace mucho tiempo, antes de lo de Cadillac. Yo tenía muchas novias antes de la mierda esa.

Tom bajó la vista al papel y movió la cabeza al ritmo de los golpecitos del bolígrafo. Siguió dibujando mientras yo examinaba fijamente los detalles que conformaban a Karen Sharon: los labios rojos, el cuello largo y liso, las marcas sutiles de las costillas bajo los pechos y, más abajo, las anchas y suaves caderas. Luego venía el pequeño triángulo de vello púbico, las rodillas, las pantorrillas y, por último, los finos tobillos y los pies delicados. La larga melena que se enroscaba en el cuello de Tom parecía más rizada de cerca, no tanto la corriente de un río. De nuevo sentí el impulso de alargar la mano por encima de la mesa y tocarla. Parecía viva; daba la im-

---

presión de que, si le metía el dedo en el ojo, ella tendría el reflejo de cerrarlo.

Debía de ser una mujer muy superficial si lo había dejado después del accidente. Aunque, por otra parte, seguramente él tampoco habría sido un novio modélico. O quizá yo estuviese proyectando. Seguro que Tom no había valorado su vida y sus relaciones como merecían, igual que todos los que habíamos malgastado nuestro tiempo fuera. Y ahora era un hombre que se moría de ganas de volver a la cárcel para arrasarse en el mercado del rap gay.

La telenovela —creo que era esa del reloj de arena gigante— estaba terminando. La mujer secuestrada en el trastero estaba a punto de morir en un incendio deliberado provocado con algún tipo de artilugio compuesto de gasolina, trapos sucios y un reloj despertador. La escena se fue difuminando con un primer plano de las manecillas y dio paso a una atractiva pareja brindando con champán en el bar de un hotel. Entonces aparecieron los créditos, y la arena se deslizó de nuevo por el cuello del reloj.

Al día siguiente, al despertar, me encontré a Tom marcando un ritmo con el bolígrafo y levantando la vista de vez en cuando hacia el televisor, como si buscara rimas para su rap gay. Los voluntarios de una iglesia cercana aparecieron con el carrito chirriante de libros. Ricky cogió un ejemplar de bolsillo de aspecto antiguo y empezó a leerlo tumbado en la litera. Domino se levantó un solo minuto para intentar llamar a alguien por teléfono.

Me pasé la mañana esperando a que volvieresen a echar la telenovela. Y, por supuesto, la mujer secuestrada

---

que habían abandonado a una muerte segura no había muerto. Yo ya sabía que no moriría, casi nadie muere nunca. Era la forma en que escaparía lo que estaba esperando. En el último minuto, rompió las cuerdas con las garras de su alianza y luego salió corriendo de la nave segundos antes de que el lugar quedase envuelto en llamas. La pareja guapa del bar del hotel fue arrestada: la víctima condujo a la policía hasta ellos y sonrió mientras los esposaban. Y, todo ello, con tan sólo un oscuro tiznajo de hollín en la mejilla.

En conjunto, fue un buen día en la tele. Un rato antes, una señora mayor con el pelo azulado había ganado treinta de los grandes jugando al Plinko en *El precio justo* y luego se había llevado los dos escaparates. A las cuatro empezó *Oprah*. Domino seguía durmiendo, pero Tom, Ricky y yo vimos a Tracey Gold, antigua estrella televisiva, contando el desgarrador accidente que había tenido ebria al volante y su arresto posterior.

—Ni siquiera sabía que estaba borracha —dijo.

—Yo tampoco —soltó Ricky—. Que me suelten.

Más adelante en el programa, Oprah mostró a la audiencia que esa copa de vino que tal vez toman mientras juegan a las cartas en casa de un amigo equivale en realidad a tres vasos de whisky, porque la copa de vino está llena hasta arriba. «Así que cuidado», advirtió.

—Joder —soltó Ricky—. La borrachuza esa de Tracey Gold casi se carga a sus hijos con ese trompazo, y yo lo único que hice fue fumarme una piedra de *crack*. Tendría que estar yo en *Oprah* y no en la puta cárcel.

—¿A que tiene cojones? —dijo Tom, y todos asentimos.

Tenía cojones, desde luego, aunque estoy seguro de que teníamos todas ideas distintas de qué clase de cojones exactamente.

---

La comida en la cárcel solía estar bien, y esa noche disfrutamos de lo mejor que podía ofrecernos la prisión del condado de Kalamazoo: salteado de muslo de pavo con verduras y salsa de soja. Tom removi6 la salsa con la punta de la cuchara, como si estuviese mezclando pintura al 6leo para un retrato. Primero la oli6, y luego prob6 una pizca con la lengua.

—Esta cocinera s6 que sabe lo que se hace —dijo—. El punto justo de ajo y pimienta de Jamaica.

Me pregunt6 c6mo sab6 Tom que la cocinera era una mujer, y, como siempre, Ricky no fall6:

—¿C6mo sabes que lo ha cocinado una mujer?

—Venga —respondi6 Tom—. Porque es m6s suave, m6s c6ldo. Salta a la vista. Esas cosas las notas cuando frenas un poco.

—¿Qu6 mierda quieres decir, frenar un poco?

—Me refiero a saborearlo de verdad —explic6 Tom—. A cerrar los ojos si hace falta. Ya nadie saborea las cosas. Nada m6s que tragan, tragan, tragan. Pero, t6o, la comida es como el vino: si la dejas en la boca y te concentras, en serio que puedes notar el *terroir* de los ingredientes.

—¿El qu6?

—El sabor de la tierra en la que crecieron los ingredientes.

Ricky dio un bocado y sonri6.

—Yo noto algo, y tanto. Sabe como a campo y heno.

—S6 —asent6—. Y a cuadra.

—Creo que ya lo vais pillando.

—Y a vaca —sigui6 Ricky—. O, al menos, a lo que sale de las vacas... A bo6iga, sin duda.

Tom sonri6.

—Pero, en serio, a lo mejor vosotros no, pero yo s6



---

noto esas cosas. Noto el sabor de la tierra donde creció, y el sabor de las plegarias de la mujer que lo cocinó para nosotros.

La idea de que alguien pudiese rogar por nosotros nos hizo cerrar el pico y comer. Traté de saborear esa suavidad de la que hablaba Tom, las plegarias que contenía la salsa. Domino, por su parte, se terminó rápido su plato para poder volver a dormirse.

El guardia se llevó nuestras bandejas, y supongo que Tom calculó que tenía unos siete minutos largos por delante. Cogió la sábana de algodón de su litera y empezó a retorcerla en forma de cuerda.

—Bueno, colegas —anunció—. Me largo del motel Kalamazoo. Ya estoy harto de este rollo del condado: un hombre necesita un café y un pitillo después de una comida como ésta. Cuando haya pasado otra vez el guardia, cuelgo la sábana de ahí arriba y me vuelvo al talego. Cuando suba, dadle al botón del pánico.

Tom se sentó en el banco de la mesa de pícnic sin camisa y enrolló un extremo de la sábana en torno a sí mismo. Karen Sharon se movía y se balanceaba con él; parecía girar con cada pulsación de sus músculos mientras hacía el nudo corredizo. Echó la sábana sobre la litera. Sentí el cosquilleo de los nervios en los pies y en las manos.

—Si estás en libertad condicional, volverás igualmente al talego dentro de un mes —le advirtió Ricky—. No hace falta que montes este tinglado por un pitillo.

Tom o no lo oyó o hizo como si no lo oyera. Echó un vistazo en dirección a los barrotes y trató de distinguir los pasos del guardia. Yo me dije que todo ese suicidio impostado se quedaría en eso y nada más; que iría todo rodado, y que en cuestión de minutos Tom se habría ido y nuestra celda volvería a quedar en paz.

---

El guardia pasó por delante sin apenas mirarnos. Tom cogió la sábana.

—Un placer conoceros, chicos —dijo.

Se puso de pie en el borde del banco y ató el extremo libre de la sábana a una de las largas barras de acero horizontales. Luego trepó hasta la tercera, se colocó el nudo corredizo en torno al cuello y se quedó un momento ahí, sujetándose con una mano a la espalda. Con las luces detrás de él, todos sus tatuajes verdes se oscurecieron como manchas turbias, y hasta Karen Sharon pareció envejecer por un instante. La vi tal y como era, después de años de alcoholismo y de vivir con su alma superficial.

—Vale. Vamos allá —dijo Tom.

Ricky y yo no nos movimos. Domino se incorporó y lo miró. Tom tenía los talones de las chanclas proporcionadas por la prisión encajados entre los barrotes. Ciñó el nudo, y luego nos miró uno por uno y soltó la mano con la que se sujetaba. La mitad superior de su cuerpo se separó de los barrotes mientras los talones seguían soportando el grueso de su peso. El nudo se tensó, y a Tom se le puso la cara roja.

—Venga, cabrones, dadle al botón.

Se quitó de una patada las chanclas, primero una y después la otra, que aterrizaron en el suelo con un chasquido. Soltó la barra de acero que sostenía su peso y comenzó a morir. Los músculos del pecho convulsionaron y Karen se puso otra vez a bailar, fea y desesperada, una *stripper* vieja, una puta. Los forcejeos de Tom parecieron revelar su auténtico ser, la despojaron de sus capas de belleza y falsedad. Pero yo no aparté la mirada: seguía queriendo tocarla. Me daba igual lo que fuera, siempre y cuando ella también me tocara. Y me tocaría, sí: lo vi en sus ojos, en esa fracción de segundo en que su ojo cerra-

---

do se abrió y volvió a cerrarse en un guiño sólo para mí.

Me levanté del banco, cogí a Tom por las piernas y lo cargué sobre el hombro.

—No me toques, no me toques —dijo entre jadeos.

Ricky cruzó la celda y pulsó el botón del pánico.

—¿Qué pasa? —preguntó la voz de la mujer.

—Un imbécil está intentando ahorcarse.

Tom *el Italiano* se meó en los pantalones naranjas, y la calidez me cubrió el hombro. En cuestión de segundos, la puerta se abrió de golpe y entraron varios guardias. Una de ellos trepó por los barrotes y cortó la sábana con unas tijeras industriales. Tom y yo caímos juntos al suelo, y me quedé sin respiración cuando mi cabeza golpeó el borde metálico de la mesa de pícnic primero y luego el suelo de hormigón. La guardia cortó el nudo que le oprimía el cuello, y oí su bocanada de aire, la sentí como si fuera mía. Sentí su vida triste encima de mí, asfixiante.

Los guardias se esforzaron por estabilizar el cuello de Tom mientras yo me quedaba allí tumbado, notando cómo aquel suelo frío iba entibiándose con la humedad que fluía de mi cabeza. Sentí cómo me ablandaba, cómo me sumergía en los manantiales calientes que brotaban debajo de Kalamazoo.

Intenté sentarme, pero la mujer me puso la mano en la frente con suavidad para que no me moviera. Se arrodilló enfrente de mí, tan cerca que me llegó el olor de su champú de hierbas. Miré su placa de identificación: LILLIE. Quise preguntarle si ése era su nombre o su apellido. Quise preguntarle: ¿Te gusta ver cómo cae la nieve de noche? ¿Cuándo se divorciaron tus padres? ¿Cuál es tu película favorita? ¿Lloras cuando no te escribe nadie en mucho tiempo? ¿Te gustaría ser presidenta? ¿Eres feliz?

---

¿Detestas las noticias? ¿Te rompe el corazón ver un avión de reacción cortando el aire frío y enrarecido?

Pero no podía hablar. Tenía miedo de que, si lo hacía, ella apartara las manos de mi cuerpo. Así que me quedé quieto, mirando a Lillie, mientras el agua arrancaba a hervir y los caballos echaban a correr.